



**FIESTA DEL BEATO FUNDADOR  
JOSÉ ALLAMANO  
16 de febrero de 2012**

Queridos Misioneros:

En este momento particular de nuestro Instituto con ocasión de la fiesta de nuestro Beato Fundador, estimulados por la renovación propuesta por el Capítulo, en el clima de reflexión para la preparación y la realización de las Conferencias de las Circunscripciones, considero fundamental sugerir que todos sepamos redescubrir la centralidad de la misión como fuente de nuestra identidad y nuestra acción. Las Constituciones, en el artículo 17, nos recuerdan lo que es constitutivo en relación con el fin de nuestro Instituto: “El anuncio de la Buena Noticia a los pueblos todavía no evangelizados”. Se nos invita hacia las fronteras de la Iglesia, hacia los grupos humanos que no conocen o que todavía no han acogido a Jesucristo. Estos y los nuevos “paganos” de hoy son la razón de ser del Instituto. El Fundador lo expresa bien cuando afirma: “Nosotros somos para los no cristianos”. Considero que este principio fundamental debe ocupar el primer lugar en las intenciones de quien entra en el Instituto e inspirar toda nuestra actividad y cada una de nuestras opciones.

El testimonio del Fundador arroja luz en los aspectos siempre nuevos del mensaje evangélico y renueva el compromiso por su anuncio. El Beato Allamano transmitió un carisma que se debe vivir según su espíritu. Tan firmemente convencido estaba de él que llegó a decir: «¡El espíritu lo debéis tomar de mí!». Esta expresión, multiplicada por otras parecidas, es más que una recomendación: es su voluntad, que para nosotros es norma de vida, luz en el camino. Sin el espíritu de Allamano no seremos Misioneros de la Consolata. Esto comporta una referencia constante a él, a su enseñanza y al testimonio de su vida, para saber sacar de ella una especie de “carnet de identidad” de lo que debemos ser.

Para ser misioneros de hoy necesitamos retornar a nuestro Fundador, acudir de nuevo a su escuela para volver a aprender a vivir el carisma. K. Rahner ha escrito: “Se puede conservar una herencia solamente si se conquista un nuevo futuro. El puro conservadurismo es estéril y no alcanza ni siquiera sus fines legítimos, sabiendo que “nuevo”, en el cristianismo, es por naturaleza y siempre un descubrimiento creador y una elaboración, conforme a los tiempos, de su más genuina esencia”.

El retorno al Fundador y a una nueva comprensión histórica vigoriza y da su debida identidad al Instituto, haciéndole más compacto en torno a algunos puntos centrales estructuralmente unidos: en el ámbito cultural (la pertenencia), en el ámbito de la experiencia (la vivencia), en el ámbito de la misión (la opción fundamental). Debemos re vitazar nuestro apego al Fundador y no arrancarnos de la raíz, pero sin repetir a la letra el pasado. La interculturalidad de nuestras pertenencias, las nuevas geografías vocacionales, los nuevos lugares de misión estimulan y favorecen un nuevo dinamismo carismático, una relectura “diferente” de nuestro Fundador.

Ciertamente es vital que el Instituto siga avanzando por el sendero de la propia tradición carismática, pero esto no significa cerrar los ojos a los cambios que brindan signos de futuro. Surge aquí la necesidad de saber sintonizar la fidelidad de la tradición con las dinámicas de la vida, de la cultura y de la historia. Porque la posibilidad de la continuidad histórica está ligada a la revitalización del carisma. Ponerse en actitud dinámica en el mundo y en el tiempo equivale en el Instituto a fidelidad al carisma, amor al Fundador y fidelidad a la misión, sin miedo a perder la identidad.

La fiesta del Beato Allamano nos plantea la pregunta sobre el espacio que él

sigue ocupando en nuestro camino espiritual y en el compromiso por la misión. La respuesta es personal, pero debe afectar también a nuestro modo de vivir como misioneros en comunión. Para las celebraciones de este año deseo tocar algunos aspectos que tienen estrecha relación con los temas del Capítulo y también con la perenne presencia de Allamano en el Instituto y en cada uno de nosotros.

### 1. *Nuestra identidad de misioneros*

La Iglesia ha reconocido y propuesto la característica que distingue a Allamano entre la multitud de santos que florecieron en Turín y en el Piamonte. Allamano «percibió el deber de cada iglesia local de abrirse a la misión universal». Por eso fundó nuestro Instituto con el objetivo prioritario y privilegiado de anunciar el Evangelio a los que todavía no lo han conocido. Nos exhorta, en efecto: «Entregaos con todo el corazón y todas vuestras fuerzas a la obra de la evangelización, que debe ocupar el primer lugar en nuestros intereses y compromisos. Esta es la razón por la que hemos entrado a formar parte del Instituto» (cf. *Lettere*, p. 135). Este es «hoy también el mayor desafío de la Iglesia», recordaba el Beato Juan Pablo II, considerando que la mayor parte de la humanidad todavía no ha oído el primer anuncio de Cristo; por lo que se puede decir que “la misión *ad gentes* se encuentra todavía en los comienzos» (RM 40, cf. 3). A esto se añade el fenómeno hoy bastante extendido de los que abandonan su fe.

Su gravedad resulta evidente al considerar las iniciativas eclesiales previstas próximamente: El Año de la Fe y el Sínodo de los Obispos sobre “*La nueva evangelización para la transmisión de la fe*”. Una problemática que nos interpela. La urgencia del primer anuncio o de la reevangelización reclama nuestra atención y nos pide que demos una aportación cualificada para la renovación en los métodos pastorales. La formación permanente, como la elección de los estudios de especialización, debe tener en cuenta todo esto. No solo por nuestra vocación (Const. 17; Dir. Gen. 79.2), sino también por el estilo de Allamano, quien estaba atento a las situaciones de su ambiente de Turín y a las que encontraban los misioneros en otros contextos. Sus contemporáneos le reconocieron como persona que «tenía los ojos y los oídos atentos y vigilantes a todo cuanto sucedía» (A. Cantono); «Tuvo siempre una intuición precisa de las necesidades del tiempo»; «No envejeció, justamente por mantener su ojo vigilante y penetrante» (Pinardi).

Contemplar al Fundador significa penetrar en sus sentimientos, en sus opciones, en su comportamiento, para obrar en consecuencia. Merece recordarse lo que se dijo con ocasión de la Beatificación de Allamano: «Un Fundador

exaltado y un Instituto replegado sobre sí mismo no van de acuerdo». La línea de conducta del Fundador concuerda, previamente, con esta afirmación del Papa Juan XXIII: «Miremos al pasado, pero en orden al presente. No estamos destinados a custodiar un museo, sino a cultivar un jardín». Es la propuesta que encontramos en el Capítulo: «Estamos llamados a combatir el inmovilismo, la falta de reflexión, de conversión personal y comunitaria ante los desafíos que nos plantea el mundo globalizado y la continua reflexión sobre lo nuevo de la misión *ad gentes*» (n. 16).

## ***2. La espiritualidad***

El Capítulo nos exhorta también a la «profundización de nuestra espiritualidad, retornando a la herencia del Fundador» (n. 12). En este sentido, no podemos olvidar que él no se contentó con enviar misioneros, sino que los quiso tenazmente “cualificados”. No estaría a la altura de nuestro Fundador un Instituto que no fuera incandescente en el fervor, en tender a la perfección, en la cualificación espiritual, cultural, pastoral, para estar a la altura de una vocación por él considerada sublime. Allamano aborrecía la mediocridad. Lo dice su repetida exhortación a ser enérgicos, emprendedores, laboriosos. Quería personas que, teniendo como horizonte el mundo, tuvieran miradas amplias.

Para ser fiel a él, el Instituto debe renovar este dinamismo, venciendo la tentación de lo mínimo necesario, para “hacer siempre más”, ir “adelante” en el crecimiento espiritual y en todas las actividades, sin miedo a exagerar.

Restringiendo el discruso al fundamento carismático, Allamano continúa poponiéndonos una orientación al Señor y un ardiente compromiso por darle a conocer, ambas cosas con “total” entrega, sin cesión alguna, sin paréntesis o excepciones. También esto es un aspecto peculiar de su propuesta: ser misioneros de íntima comunión con “Dios solo” y de intensa actividad apostólica, para la que “se necesita fuego”. Misioneros enamorados de Dios “hasta dar la vida” por el anuncio del Evangelio. Esta es la clase de misioneros por él querida: ser santos para ser misioneros. Y lo confirma añadiendo de manera significativa: «¡Esta ha sido siempre mi idea!».

Nuestra historia recuerda testimonios auténticos de este tipo. Pero es una exigencia cada vez más actual, porque también el mundo de hoy «reclama evangelizadores que le hablen de un Dios al que ellos conozcan y que les sea familiar, como si vieran lo invisible» (EN 76).

## ***3. La comunidad local***

Otra opción del Capítulo para el próximo sexenio, y en particular para los primeros tres años, está dirigida a cualificar las comunidades locales (nn. 3 y 23). Se señalan los motivos y los objetivos, pero la raíz está en la intuición del Fundador.

Él mismo afirma que pensó, al proyectar la fundación del Instituto, dar una familia a quien lo deja todo por la misión. Y lo codifica en los Reglamentos ya desde el primer proyecto de 1891, estableciendo que quien entra a formar parte del Instituto, «debe considerarse miembro vivo e interesado de una nueva familia». Y continuamente confirma esta idea: «El Instituto no es un colegio, ni un seminario, sino una familia" (VS 405); a quien solicita el ingreso, le dice invariablemente: «Aquí encontrarás una familia». Es también el estribillo que repite constantemente, con modulaciones diversas, a los aspirantes, a los misioneros, a los responsables y a las comunidades, especificando que las consiguientes «unión de intenciones y unión de esfuerzos son como el alma y la vida» del Instituto.

De ahí se deriva también el método de hacer misión, de comportarse con las personas y de adoptar decisiones siempre en conformidad con el espíritu de familia.

Resultan cualificadas de este modo también las relaciones mutuas entre el Fundador y los misioneros. Afirma y demuestra que en su corazón están siempre sus «queridos misioneros». Y lo mismo sucede en ellos respecto a él, a quien consideran siempre “su Padre”. Esta relación, renovada por la celebración litúrgica anual, comporta la profundización en su conocimiento, difundirla, pedir su intercesión; llevar a la práctica sus enseñanzas, crecer en el espíritu de familia. En una palabra, hacerlo vivo dentro de nosotros, en las comunidades, en todo el Instituto, en las Iglesias, para el anuncio del Evangelio según su intuición carismática.

La Consolata, que inspiró su obra para la Misión, nos ayude a realizarla cotidianamente y no a saltos, en la comunidad y en el apostolado.

A todos y a cada uno, *ánimo y adelante in Domino!*

Roma, 16 de febrero de 2012.

P. Stefano Camerlengo, IMC  
Padre General

